



Las homilias de Monseñor se han convertido en uno de los centros neurálgicos de la conciencia nacional. El pueblo, las mayorías populares esperan domingo a domingo que Monseñor Romero diga su palabra cristiana, su palabra evangélica sobre el momento histórico, en que viven los cristianos de El Salvador y en el que viven todos los salvadoreños. Se ha ganado a pulso esta máxima audiencia nacional. Ya va para tres años en que domingo tras domingo Monseñor Romero se pone delante del público en la misa dominical y sin arreglos televisivos dando directamente la cara, sin posibilidad de recomponer una frase mal dicha, se lanza a sembrar la palabra de Dios tanto sobre la buena tierra como la tierra llena de piedras o de abrojos.

Sobre las homilias de Monseñor se han puesto los ojos más inquisidores dentro y fuera de la Iglesia. Y a pesar de que sus palabras no son leídas sino improvisadas, después de más de trescientas horas predicadas no han podido encontrarle nada que no sea plenamente cristiano. Y el público que asiste a las misas no se cansa, y el público que no puede asistir se apega a los transistores para no perder su mensaje. Hasta los enemigos le espían, como hacían con las palabras de Jesús los fariseos y escribas para encontrar una palabra en la que poderle prender. Es la vitalidad de la palabra evangélica, siempre nueva y siempre joven, a pesar de ser siempre la misma. Es palabra cristiana y humana, evangélica y política, porque es la palabra de Dios hecha carne en la historia diaria de los hombres.

El acontecimiento eclesial de cada domingo en la Iglesia que las tomas permiten hacer de catedral es impresionante como fenómeno teológico y como fenómeno sociológico. Se trata efectivamente de una asamblea cristiana. Una asamblea en que participan activamente el pastor y los fieles. Participan en la celebración de la palabra y en la celebración de la eucaristía. En ella se alimenta la conciencia y se alimenta el corazón, mientras se va construyendo



la solidaridad de los pobres que luchan por su liberación. No despierta odio o desunión sino esperanza, no despierta resentimiento sino deseos de resurrección. Sus homilias miran la realidad histórica desde el Dios de Jesucristo y miran al Dios de Jesucristo desde la realidad histórica. Hacen descender El nombre de Dios a los hombres y hacen ascender a los hombres hasta Dios.

La homilias de ayer fue especialmente cristiana y especialmente política. Apoyada en el evangelio de las bienaventuranzas, ese trozo que es como la carta constitucional de la Iglesia de los pobres, Monseñor anunció la buena nueva de que la salvación, toda la salvación, la salvación integral cristiana, debe venir de los pobres, de los oprimidos. Consiguientemente las soluciones políticas que se edifican sin los pobres y aun contra los pobres no tienen viabilidad ninguna, no son su salvación sino su condenación, la vuelta a la opresión de Egipto, la negación de su condición de hijos de Dios. Ningún Gobierno puede quedar justificado si no centra sus acciones en lo que son las necesidades y las exigencias racionales y justas de sus mayorías oprimidas. No se trata ya de un abstracto bien común, que se reduce en la práctica a un régimen de seguridad nacional en el que puedan florecer las actividades de los más poderosos. Se trata en concreto de un bien de la comunidad, de esa comunidad que es la mayoría popular, que quiere ser la gestora de su propio destino histórico.

Su carta al Presidente Carter leída ante la asamblea cristiana y acogida con fervorosos aplausos ya ha empezado a dar la vuelta al mundo. Ya anoche las emisoras de Europa, Estados Unidos y América Latina la recogían. La palabra de Monseñor se ha convertido en la palabra del pueblo salvadoreño y goza de una solvencia internacional que ninguna otra palabra tiene hoy en El Salvador. Dos Universidades como la de Georgetown, universidad completamente conservadora y la Universidad de Lovaina, respaldada por la jerarquía belga le han concedido el doctorado honoris causa, que en su caso es una doctorado en humanismo cristiano. El pueblo por su parte, el de acá y el de toda América Latina ya le ha dado su doctorado en servicio al pueblo oprimido.